

LUIS A. GARCÍA MORENO
Real Academia de la Historia

España 702-719.
La Conquista Musulmana



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2013

Sumario

PRESENTACIÓN.....	11
PRÓLOGO.....	15
INTRODUCCIÓN EPISTEMOLÓGICA.....	23

I. EL REINO GODO DE WITIZA A RODRIGO

1. LAS FUENTES NARRATIVAS.....	33
2. EL REINADO DE WITIZA.....	55
Las raíces familiares de Witiza: Córdoba.....	55
Un reino viejo y un rey joven.....	62
La nueva política nobiliaria de Witiza.....	70
Witiza y los judíos.....	75
La política religiosa.....	76
La hija del conde D. Julián.....	88
La política goda en Tingitania y el avance islámico.....	99
El conde Urbano y las disputas políticas godas.....	123
Geografía y cronología de la muerte de Witiza.....	125
3. DE LA MUERTE DE WITIZA A LA PROCLAMACIÓN DE RODRIGO.....	135
Interregno y disensiones nobiliarias.....	135
Agila II y Suniefredo.....	155
Alzamiento de Rodrigo y guerra civil.....	175

II. LA CONQUISTA MUSULMANA

1. LAS FUENTES NARRATIVAS.....	187
2. LA COYUNTURA DEL 709/710 Y LA EXPEDICIÓN DE ṬARĪF.....	217
Mūsā ocupa Tánger y Ceuta.....	217
La expedición de Ṭarīf.....	228

3. LA EXPEDICIÓN DE ṬĀRIQ IBN ZIYĀD	241
Causas y fines de la expedición de Ṭāriq	241
La fuerza invasora y la travesía del Estrecho	245
Primeras acciones de Ṭāriq. La derrota de Egica.....	250
La contraofensiva de Rodrigo.....	255
La batalla del Lago	263
Las consecuencias de la batalla del Lago: el final de Rodrigo y sus rivales.	282
De la batalla del Lago a la batalla de Écija.....	285
La Conferencia de Écija.....	290
El duque Teudemiro y la invasión	294
Mugīṭ al-Rūmī y Córdoba.....	309
Ṭāriq y Toledo.....	321
Los tesoros de Toledo: las coronas y la mesa de Salomón	326
La guerra civil. La oposición a los invasores.....	343
Ṭāriq no conquistó ni la Meseta Superior ni Galicia	352
4. LA EXPEDICIÓN DE MŪSĀ IBN NUṢAYR	363
Los verdaderos motivos de la expedición.....	363
Preparativos y cronología de la expedición	369
Los árabes que vinieron con Mūsā	377
Paso del Estrecho y desembarco de Mūsā	379
De Algeciras a Mérida	382
El sitio de Mérida. Clave de la conquista	392
‘Abd al-‘Azīz ibn Mūsā conquista la Andalucía oriental	399
‘Abd al-‘Azīz ibn Mūsā pacta con el duque Teudemiro	406
El encuentro de Mūsā con Ṭāriq	417
Mūsā, Opas y la represión de la nobleza toledana.....	424
La sumisión de los ducados del noroeste.....	426
Las nuevas y viejas alianzas de la nobleza con el invasor.....	437
Mūsā contra Agila II: la conquista de la España Citerior	440
Ardón, nuevo rey godo	453
Mūsā interrumpe la campaña y abandona España	458
Las riquezas que se llevó Mūsā	467
5. ‘ABD AL-‘AZĪZ IBN MŪSĀ REANUDA LA CONQUISTA	475
Los nuevos refuerzos Islamistas	476
Se reanuda la conquista de la Tarraconense.....	477
Egilona y la crisis del gobierno de ‘Abd al-‘Azīz	482
6. AL-ḤURR Y EL FINAL DEL REINO GODO EN ESPAÑA	493
Al-Ḥurr acaba con la rebelión del noreste. El fin de Ardón.....	494
¿El fin del Reino godo? La familia del duque Pedro cruza los puertos..	498
BIBLIOGRAFÍA.....	503
ÍNDICE DE NOMBRES	531

Presentación

En el libro que ha escrito Luis Agustín García Moreno, y que me honro en presentar, estudia los últimos años de existencia del Reino goda: desde la muerte de Egica, en el año 702, hasta el final del último monarca conocido, Ardón, y el comienzo de la conquista musulmana del ducado goda extrapeninsular de Septimania o Narbonense en el 719. En el libro, se presta especial atención a la cronografía y a la geografía y se analizan aspectos fundamentales de la historia política y militar durante esos años, y se hace el análisis del acontecer en esos dieciséis años y el de la coyuntura, por lo que enlaza con los tres grandes estudios que sobre ese mismo tiempo y acontecimientos han escrito tres miembros de la Real Academia de la Historia: Aureliano Fernández Guerra (1883), Eduardo Saavedra (1892), y Claudio Sánchez Albornoz (1933-1948).

Don Luis Agustín García Moreno no analiza las motivaciones de la expansión musulmana hasta la Península Ibérica ni los condicionantes generales que podrían contribuir a entender las causas del colapso de la Monarquía goda hispana, ya que los analizó hace años en su obra *El fin del Reino visigodo de Toledo. Decadencia y catástrofe. Una contribución a su crítica* (Madrid, 1975). Además, el estudio incluye, entre sus conclusiones más importantes, la de que la conquista musulmana del Reino goda de Toledo no fue un hecho prefijado e inevitable, sino que se debió a circunstancias que podían no haberse dado, como la prematura e inesperada muerte del joven rey Witiza, que contaba con poco más de 25 años de edad, víctima posiblemente de un brote de peste bubónica. También influyó la muerte en batalla del rey Rodrigo

y la de los que posiblemente aspiraban a derrocarlo con la ayuda militar del invasor Taric. Más trascendencia tuvo el enfrentamiento entre el hegemónico bloque sociopolítico formado por linajes nobiliarios que radicaban en las zonas meridional y occidental del Reino goda y el minoritario constituido por otros del noreste peninsular y de la Narbonense, durante el interregno que se produjo, de más de seis meses, a la muerte de Witiza. También influyeron la actuación del monarca secesionista en el nordeste, Agila II, y la guerra civil entre Suniefredo, apoyado por la nobleza toledana, y el duque de la Bética, Rodrigo, en la que participaron miembros de la nobleza meridional y los pertenecientes al linaje de los últimos reyes Egica y Witiza. Cabe destacar como otra importante conclusión de este libro la diferencia entre la conquista musulmana de las zonas meridional y occidental peninsulares, conseguida, en parte, gracias a pactos, y la del tercio nordeste, hecha mediante la fuerza y una violenta represión. Está demostrado que no hubo expedición alguna militar musulmana de conquista en la parte noroccidental peninsular, lo que explica los muy diferentes tiempos y modalidades de la posterior reconquista cristiana en ambos territorios. El autor trata también del famoso asunto del conde don Julián y de su traición. Identificado el don Julián de la leyenda con el histórico y africano-bizantino Urbano, analiza sus alianzas sucesivas con la monarquía goda primero y con las autoridades califales después, en el contexto del avance islámico por el norte de África, y tiene presentes el colapso del poder imperial-bizantino, la política goda desde medio siglo antes y la diversa reacción de los notables beréberes o africano-romanos ante la nueva y cambiante situación.

El libro se basa en las fuentes escritas, aunque también se utilizan en él datos arqueológicos y numismáticos y los muy recientes sigilográficos (sellos y precintos de la conquista, relativos al reparto del botín o al pago de impuestos por los vencidos). Se da especial importancia a los datos provenientes de fuentes latinas de aquellos años, historiográficas o incluso litúrgicas (Crónica Mozárabe del 754, e himno *Tempore belli*, respectivamente). También hace el autor un uso exhaustivo de la historiografía árabe, de tradición islámica o mozárabe. El análisis de esta última constituye uno de los núcleos de la argumentación, con novedades fundamentales de especial interés historiográfico. Desde este punto de vista, cabe destacar la reconstrucción del relato de la conquista del *Ta'rīj mulūk al-Andalus* de Aḥmad al-Rāzī (c. 887-955), en la que ha utilizado la información proporcionada por los posteriores recopiladores árabes (especialmente Ibn al-Aṭīr e Ibn 'Idārī), y también la obra historiográfica del arzobispo Don Rodrigo Jiménez de Rada y hasta la muy compleja Crónica del Moro Rasis. El autor ha prestado especial atención a la historiografía mozárabe para la formación de las tradiciones de la andalusí islámica sobre el final del Reino goda y la conquista musulmana. Señala como supervivencias de esa tradición historiográfica mozárabe la "Historia

Universal” en árabe contenida en el manuscrito 2003/2 del Museo de las Artes y Civilizaciones Islámicas de Raqqāda (Túnez), y la llamada Crónica Seudoisidoriana. Considera que la historiografía andalusí fue elemento básico para la transmisión de esas tradiciones mozárabes. De esa historiografía, destaca el famoso Orosio interpolado, traducido al árabe a comienzos del siglo X. Las partes perdidas de este libro, referentes al Reino godoy a la conquista, ha tratado de reconstruirlas don Luis Agustín García Moreno a partir de una dispersa y muy contaminada tradición indirecta, en la que cabe destacar la Crónica del Moro Rasis. Todo ello permite coincidir parcialmente tanto con la perspectiva de estudio como con varias de las conclusiones que en su día hizo don Claudio Sánchez Albornoz, y que fueron criticadas por notables arabistas contemporáneos del gran historiador.

Es de agradecer que don Luis Agustín García Moreno se haya interesado por asunto tan complejo como el del final del reino visigodo y la expansión del Islam en la península ibérica, fundamental para entender la historia de Europa durante la Edad Media y sus implicaciones posteriores.

GONZALO ANES Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN
Marqués de Castrillón

Prólogo

Lector, el libro que te dispones a leer es muy sencillo, pues trata de lo que enuncia su título. Pero exige algunas advertencias y confesiones. Empecemos por las segundas. Honestamente he de decir que pienso que tuve una infancia feliz, pues no comparto la hipócrita aseveración de León Trosky de que sólo los niños ricos, nacidos en el seno de la Burguesía con mayúsculas, pueden ser felices. Hijo de funcionarios con carrera universitaria en la España de los años cincuenta, por parte materna heredé las ambiciones y contradicciones de la pequeña burguesía de provincias, que en lo ideológico continuó en España más que en el resto de Europa, tal vez por causa de la reacción de la posguerra y del retraso en salir de su mediocre pobreza. Es decir, no pasé los rigores y penalidades de la posguerra y de las capas sociales más desfavorecidas, pero siempre supe que si quería una cosa ésta debía, primero, acomodarse a unas medidas disponibilidades económicas, que debían ser siempre previsoras de un futuro incierto. Y, segundo, desde la más tierna infancia aprendí que había que esforzarse para merecer cualquier cosa que se deseara.

Puedo decir que mi educación fue liberal y laica, en la que contó mucho más la enseñanza de mis padres en casa, que la socialización en la escuela pública, a la que sólo asistí ya a una edad para entonces avanzada. Podríamos decir que mi madre pertenecía a los vencedores, a diferencia de mi padre. Pero jamás éste guardó rencor porque la victoria de los Nacionales supusiera la supresión por unos años de los estudios de Pedagogía, en los que él, bajo la batuta del Prof. Domingo Barnés Salinas (1879-1947), había imaginado hacer

carrera universitaria. Al fin se consideró afortunado de poderse ganar la vida decentemente como Catedrático de Latín de Enseñanza Media. Pero los dos favorecieron mi muy temprana curiosidad por la Historia. Si mi madre encendía más mi imaginación infantil hacia las glorias de los antiguos griegos, mi padre me recomendó desde muy temprano la lectura de "Glorias imperiales". Y así desmentía este truncado discípulo de Barnés la injusta acusación por la que su maestro había sido desposeído de su cátedra en la Universidad de Madrid: "por su pertinaz política antinacionalista y antiespañola". No puedo ni quiero negar que desde muy pronto esas lecturas de la adolescencia hicieron crecer en mí un interés por saber algún día lo que realmente ocurrió para que el Reino godo fuera destruido y España durante tantos siglos hubiera tenido entidades políticas islámicas. Durante bastante tiempo no sólo resonaron en mis oídos los romances de D. Rodrigo, la Cava y la pérdida de España; también lo hizo todavía más la confesión erudita que un día me dijo mi padre: que tal vez D. Rodrigo no había muerto en la jornada del Guadalete, sino tiempo después en una batalla librada en tierras salmantinas, en Segoyuela de las Cornejas. Creo recordar que más de una vez soñé con que algún día habría de saber lo que realmente ocurrió.

Cuando por indicación de mi maestro, el Prof. Marcelo Vigil Pascual (1930-1987), dediqué la tesis doctoral a una "Prosopografía del Reino visigodo de Toledo" se inició el camino académico que habría de llevarme a escribir el presente libro. La tesis que me propuso hizo que la historia de la España goda fuera ya siempre objetivo prioritario de mis afanes. La lectura de las muchas, sabias y emocionadas páginas que había escrito sobre los últimos tiempos del Reino godo y la conquista islámica D. Claudio Sánchez Albornoz, el más grande de los medievalistas españoles, me acercó más a aquellas inquietudes de mi adolescencia. Pero entonces mis preocupaciones historiográficas, desde el Marxismo a los *Annales*, hicieron que en 1975 tratara de explicar el fin del Reino godo de Toledo más desde el tiempo de la estructura que desde el de la coyuntura. Publique la monografía gracias a la generosidad de D. Luis Suárez Fernández, tan gran historiador como honrado universitario de los pies a la cabeza. De su cotidiano magisterio en los años setenta me impresionó algo que no cansaba de repetirme, pero siempre a cuento: "el historiador debe contar a los demás cómo ocurrieron las cosas". Y esto es lo que he querido hacer con este libro. Tu juicio decidirá si lo he conseguido.

Y va la última confesión. Cada vez más me considero un historiador fenomenológico. Si las ciencias físico-matemáticas, aquellas que en su momento se llamaban exactas, aceptan hoy como paradigma el Principio de indeterminación de Werner Heisenberg, ¿cómo podemos seguir empeñados los historiadores en descubrir las causas profundas del acontecer histórico, estando regida la conducta humana por unas indeterminaciones cuánticas que la convierten en caóticamente imprevisible, y no sólo en los detalles? Así que, lector amigo,

si no aceptas a un historiador fenomenológico, que cree que los hechos y causas azarosas del día a día son fundamentales para saber lo que realmente pasó, te invito a que no sigas leyendo. Pues es lo más seguro que éste te deje muy insatisfecho.

De las confesiones prosopográficas personales y epistemológicas pasaré ahora a las más concretas metodológicas, que informan la investigación. La primera es que ésta se inserta en la gran tradición historiográfica que hace del análisis filológico, tanto de crítica textual como hermenéutica, el utillaje principal del que debe valerse el historiador cuando trata de reconstruir lo que pasó a partir de documentos escritos, de especies literarias y épocas diversas además.

Tengo que confesar que no soy un arabista. El mundo académico lo sabe. Soy un historiador con una formación en Filología Clásica. El conocimiento de la lengua en que está escrito un documento es fundamental. Pero la filología no se agota ahí. En otro caso todos los hispanohablantes, por ejemplo, seríamos filólogos; y no es el caso. Quiere decir esto que considero positiva la aplicación de los principios muy contrastados de la Filología Clásica a los testimonios escritos referentes a la conquista islámica de España, aunque muchos de ellos no fueron originalmente, ni nunca, escritos en Latín. Cuando se compuso la historiografía islámica sobre aquellos sucesos la Civilización islámica y árabe era escrita. No ignoro que puede sonar a un juicio desde fuera, pero tras meditar bastante he llegado a la conclusión que se ha perdido demasiado tiempo, y errado el análisis, divagando sobre la literatura de tradición oral como algo esencial para comprender la formación y la transmisión de la más antigua historiografía islámica sobre la conquista de al-Andalus, al menos las de aquella que se llama “tradicionalista”. Toda literatura escrita es escrita, por definición. Lo que no impide que haya que aplicar una hermenéutica que tenga muy en cuenta las formas y convenciones del género literario. Sinceramente considero que, aunque con una visión desde fuera, ha sido una desgracia no aplicar a la historiografía árabe-islámica los principios metodológicos de la *Formengeschichte* establecidos hace más de un siglo por la Filología Bíblica. En la Filología Clásica también han sido considerables los perjuicios de su tardía aplicación, habiéndola desviado ciertos prejuicios “Wilamowitzianos” del esperanzador camino iniciado por estudiosos como E. Rohde o R. Reitzenstein. Me congratulo de que en los últimos tiempos también la Filología Árabe-islámica haya iniciado esa senda, especialmente por parte de investigadores anglosajones.

Me perdonarán mis colegas arabistas, por los que siento un gran respeto y mayor admiración, a medida que conozco más de cerca su trabajo. Pero creo que la Filología Árabe ha pecado de un cierto “idiotismo”, por supuesto, en el sentido etimológico de la palabra. Por eso creo cada vez más necesario un diálogo entre filólogos-historiadores de los primeros siglos del Islam y sus